

EL DESAFÍO DE LOS CUATRO ELEMENTOS

Eneko e Iker Pou

Índice

PRÓLOGO. HERMANOS EN LA ESCALADA. THOMAS Y ALEX HUBER	9
INTRODUCCIÓN	10
1. ¡AÚPA 40! PRIMER ELEMENTO: AIRE.....	14
2. ¡YAKU MAMA! EL SEGUNDO ELEMENTO: AGUA	30
3. BORJA. UN CHICO DE BARRIO	43
4. LEVE LEVE. TERCER ELEMENTO: FUEGO	53
5. HANSJÖRG AUER. MÁS QUE UN ADIÓS, UN HASTA SIEMPRE.....	65
6. HAIZEA. PATAGONIA, LA DELGADA LÍNEA ROJA.....	69
7. PERÚ. ANDEAN KINGDOM.....	79
8. LA COVID	100
9. RAYU	106
10. GIRA DE CONFERENCIAS	132
11. TRAGEDIA EN GAVARNIE	137
12. EL PRIMER VIAJE TRAS LA PANDEMIA.....	155
13. CINCO MESES DESPUÉS EN GAVARNIE	189
14. ONE PUSH. QUINTA NOMINACIÓN AL PIOLET DE ORO	195
15. WAA SHAKIR. CUARTO ELEMENTO: TIERRA.....	226
EPÍLOGO	277

PRÓLOGO

Hermanos en la escalada Thomas y Alex Huber

La cordada es el corazón del alpinismo. Y la cualidad de una cordada depende mucho de la conexión entre sus miembros. Cuanto más se conocen, más se sabe sobre las fuerzas y debilidades del otro. La fortaleza de una cordada depende mucho de la disposición para colaborar, de modo que se puedan sumar las fuerzas y equilibrar las debilidades.

Una cordada es una cordada. Y hermanos son hermanos. Es obvio que la confianza entre los miembros de una misma familia puede crear una base fuerte. Nosotros hemos tenido la suerte de siempre contar con el compañero perfecto para todos los proyectos. Ya sea en un *big wall* en Yosemite, en el Karakórum o en la Antártida. Hemos vivido una vida vertical y en este camino hemos conocido gran parte del planeta ¡y casi siempre juntos!

En general, no hay muchos hermanos en el mundo de los deportes ni tampoco en el alpinismo. Y claro que fue interesante cuando leímos las primeras noticias sobre estos hermanos del País Vasco. Al principio, los Pou se establecieron en la escalada deportiva y en las máximas dificultades de ésta vieron su horizonte: los horizontes verticales del alpinismo.

Para nosotros siempre ha sido curioso que estos hermanos vascos también hayan tenido esta visión de abrirse al mundo de las grandes paredes y el alpinismo, donde a lo largo de los últimos años han dejado un legado importantísimo, con las aperturas que han llevado a cabo por todo el mundo. Y aún más interesante ha sido cuando nos los hemos encontrado en persona. La calidad de sus ascensiones habla por sí misma, pero también su calidad humana, y, sobre todo, que Iker y Eneko Pou han sabido vivir su vida, con una determinación que los ha llevado a estar en la *pole position* de la escalada y el alpinismo durante más de dos décadas, pero también con una alegría que abre los corazones. Siempre han sabido estar ahí arriba, pero también han sido buenos para celebrarlo abajo. En unas y otras hemos coincidido, ¡ojalá lo sigamos haciendo!

Disfruten ustedes ahora de su segundo libro, de esta vida de aventuras llevada al límite.



¡AÚPA 40!

Primer elemento: Aire



VIDEO

La niebla no nos dejó llegar hasta el collado de la Guillaumet. ¡Mierda!” –pensamos, mientras nos dábamos cuenta de que este imprevisto supondrá mañana tres horas más de pateo.

Cati y Tomeu, la pareja mallorquina

Pero bueno, no importaba, estábamos bien acompañados por Cati Lladó y Tomeu Rubí para vivaquear en el gran bloque que había a una hora de camino de Piedra Negra. Son una pareja mallorquina con la que tenemos buena amistad y que, además, son muy buenos alpinistas. Entre otras cosas, han realizado muchas de las más importantes caras norte de los Alpes. En una isla del Mediterráneo donde el sol luce casi todo el año y la montaña más grande, el Puig Major, tiene 1.445 metros, lo de nuestros dos amigos es casi una paradoja.

Al final decidimos quedarnos mucho más abajo de lo planificado, pero esto es así, y, como ocurre habitualmente en el monte, tocó improvisar, no todo sale siempre como se prepara.

–¿Cómo veis este bloque? ¿Nos paramos aquí? Parece que está bastante guarecido del viento y con esta niebla cerrada no tiene pinta de que lleguemos mucho más arriba sin perdernos –les invitamos a sumarse a nuestra elección.

–Sí, creo que será lo más indicado, no tiene sentido tirar para arriba sin visibilidad –nos contestó Tomeu que, junto a su compañera, tiene un largo currículo de vivacs por las principales cadenas montañosas del mundo.

Sacamos las esterillas y pusimos encima las hinchables, tras lo cual nos metimos en el saco. Agradecemos sobremedida el material que tenemos hoy en día, que poco tiene que ver con el de generaciones pasadas. Con una mochila de unos 15/ 20 kilos puedes hacer una salida de cuatro días con lo indispensable para sobrevivir y, además, escalar.



Descenso de la Aguja Guillaumet, con pared congelada, tras abrir Aupa 40 (M.7/85°/5+/525 m).

–Iker, voy a calentar agua para los sobres, corta tú unas rodajas de *salamito*, por favor.

–Perfecto. ¿Qué quieres que comamos hoy? –me preguntó mi hermano, mientras sacaba de la mochila los sobres liofilizados–. Tenemos pasta a la carbonara, huevos revueltos estilo mexicano, *beef Stroganoff* y *rissoto* con pollo.

–Prefiero la pasta, nos dará energía para mañana, y así dejamos los sobres de carne para cuando bajemos, que entrarán mejor –le contesté. Siempre trato de buscar una lógica a las cosas.

A pesar de que nos fuimos a dormir preocupados por haber tenido que vivaquear tan abajo y con la cabeza ocupada en la paliza que nos vendría al día siguiente, tan pronto como amaneció y comenzamos a andar, a eso de las 3:45 h, nos dimos cuenta de que nuestra elección había sido la correcta. La niebla persistía y, como había nevado a lo largo de toda la noche, encontramos un palmo

de nieve sobre la pedrera que conducía desde Piedra Negra hasta el collado. Y claro está, nos perdimos. Éramos los primeros de la madrugada, no había huella, la noche aún era cerrada y había muy poca visibilidad. Ya lo dice el refrán: “De noche todos los gatos son pardos”.

Cuando amaneció, todo fue más fácil y reencontramos rápidamente nuestro camino hasta el collado. Nada más llegar, disfrutamos de las maravillosas vistas y del cálido sol que nos acarició el rostro, a la vez que bañó con sus rayos la cara este de la Guillaumet, el Paso Superior, el Fitz Roy, la Mermot y los inmensos glaciares que nos rodeaban. El escenario era grandioso, de esos que solo puedes disfrutar en Patagonia. Además, el viento no había hecho acto de presencia. ¡Era un día fantástico! ¡Esta vez el parte había acertado!

–¡Equipo, si esto aguanta así unas cuantas horas, tenemos una jornada increíble por delante!– exclamó mi hermano entusiasmado.

–Sí, han sido muchos días de espera, pero ha llegado el día D; hoy no sirven las excusas, quizá no volvamos a tener un pequeño anticiclón como éste en lo que nos resta de viaje –compartí también mi alegría con el resto del grupo.

–¿Qué tal estáis? ¿Habéis llegado bien? ¿Estáis con ganas? –les pregunté a Cati y a Tomeu, pues di por hecho que, con la experiencia que atesoran, no tienen ninguna intención de dejar pasar la oportunidad.

–Sí, con muchas ganas, pero lo cierto es que he llegado un poco cansada –respondió Cati, que es una de las mejores corredoras de larga distancia en montaña de Mallorca.

A lo que Iker, en un tono jocoso, le replicó.

–¿No será por las cinco horas de paliza que te metiste anteayer, Cati? –tras lo que se empezó a reír a carcajadas.

–Si, creo que es eso... –contestó ella, al tiempo que bajaba la cabeza y asentía.

–Mira que te dijimos que la paciencia es la madre de todas las virtudes en la Patagonia. Esta pequeña ventana de buen tiempo la daban hace días, y aunque el cuerpo te pida hacer ejercicio, hay que tratar de aguantar sin hacer nada para estar muy fuerte para ataques como el de estos tres días. ¡Ahora es el momento de darlo todo!

–Yo se lo dije, pero es tozuda. Y basta que se lo diga yo para que encima haga menos caso –intervino Tomeu, quien tiene claro que la carrera de dos días atrás quizá no fue lo más acertado.

–Si, pero bueno... yo pensaba que si... –intentó justificar lo injustificable esta profesora de universidad e investigadora.

Comenzamos a reírnos.

–Bueno, lo hecho, hecho está, ahora no queda otra que olvidarlo y prepararse para una jornada intensa de alpinismo –zanjamos nosotros la discusión.

Cati, a los pocos años de esta ascensión, se convirtió en la primera mujer de nuestro país en conseguir las seis caras norte de los Alpes. Lo que decía su compañero era cierto, es tozuda como una mula, pero probablemente es lo que la ha llevado a conseguir grandes cosas.

Tomeu es un alpinista sobresaliente: experimentado, fuerte, duro, frío, determinado... uno más propio de generaciones pasadas. Moverse con ellos por lugares como el que nos encontrábamos es sinónimo de fiabilidad, a pesar de que nosotros buscásemos cualquier oportunidad para vacilar un poco a la mallorquina.

–¿Cómo lo veis? Parece que el Couloir Amy está en condiciones, pero igual aún mejor el Couloir Guillot, ya que se ve sin rimaya difícil y tapado de nieve y hielo hasta arriba –eran las dos posibilidades que veíamos factibles para ascender a la aguja Guillaumet.



Rampa de entrada a Aúpa 40. El día era espectacular tras un mes de espera.

–Si, creo que el *Guillot* está mejor –reflexionó Tomeu mientras observaba la bonita cara este de esta montaña–. ¿Qué te parece, Cati?

–A mí también me gusta más esa posibilidad –respondió decidida.

–¿Vosotros que vais a hacer? –nos preguntó Tomeu, que aún no tenía claras nuestras intenciones.

–Seguiremos con nuestro plan inicial y trataremos de abrir una vía nueva a la izquierda de vuestra ruta. Aparentemente hay una línea de hielo salpicada con algunas secciones de roca. Habrá que arriesgar y ver si tenemos suerte –les contestamos, decididos a intentar abrir nuestra primera línea en este macizo del Fitz Roy.

La verdad es que, desde su aparición y disponibilidad a nivel usuario a finales de los 90 del pasado siglo, esa red mágica llamada Internet ha cambiado el mundo. Gracias a ella, las previsiones meteorológicas se pusieron al alcance de cualquiera. Está claro que atacar cualquier cumbre con cierta garantía meteorológica, ayuda muchísimo. Bueno, quizá no siempre. En temporadas muy malas, como en 2017, también se confunden, y si no, que nos pregunten a nosotros que, en nuestro anterior intento acabamos calados hasta los huesos en el campamento de Piedra Negra.

La cosa fue así.

–¡Chicos, esto tiene que parar en algún momento! –le comenté a mi hermano y a nuestro compañero Tomeu Rubí a las tres de la mañana, mientras, con todo a mi alrededor empapado, trataba de entrar en calor.

–No sé yo... –me respondió Iker un tanto desalentado, al tiempo que hacía movimientos similares a los míos para subir la temperatura corporal.

–Me habéis dejado en el medio, aun a sabiendas de que vosotros os mojaríais mucho más. Se agradece, pero si queréis os cambio el sitio, estáis empapados; da la impresión de que acabáis de sacar el saco del lago –comentó un Tomeu comprensivo y generoso.

–Sí, bueno, lo cierto es que nos hemos mojado durante toda la subida, ha seguido igual durante toda la tarde y nos estamos mojando por la noche –apunté, sin poder aguantar la tiritona.

–No están acertando con el parte. Además, comienza a levantarse mucho viento –aportó Iker mientras sujetaba la tienda como podía.

–Está claro que estas tiendas superligeras de una sola capa no están pensadas para soportar semejante cantidad de lluvia, ¡menos cuando cae racheada como hoy! –añadió un resignado Tomeu.

Aquella noche la aguantamos sin dormir y empapados, así que, por la mañana, al ver que el viento rugía con fuerza, nos fuimos para abajo.



Un mundo de montañas “imposibles”

Pero volvamos a nuestra escalada. Por suerte, el día era radiante, despejado y sin aire. Tomeu y Cati salieron sin perder un instante hacia el corredor Guillot. Nosotros afrontamos nuestro objetivo, no sin antes despedirnos.

–¡Suerte, chicos! ¡Disfrutad! La jornada está preciosa y hay que aprovechar –los animamos, mientras chocábamos las manos.

–¡También vosotros, dadle duro a esa nueva vía! –nos desearon, y cada uno tiró para su lado.

Más adelante, cada uno abrió su traza por el glaciar y le dijimos a voces a la pareja mallorquina.

–Acabareis antes casi seguro, así que, si veis que todavía nos queda un rato, tirad para la piedra, dormiremos mejor otra vez allí abajo.

–¡Vale! ¡Mucha suerte!

A unos kilómetros de distancia distinguimos El Chalten. Fundado a mediados de los años 80 del siglo XX con idea de dar fuerza a la soberanía argentina en esta parte de la Patagonia –ante las continuas disputas territoriales con Chile–, es hoy por hoy un lugar acogedor con unas tres mil personas censadas, que en verano multiplica su población de una manera exponencial.

A aquellas horas, la localidad comenzaría con su trajín habitual y en la casa donde habitan nuestros amigos Fernando Irrazabal Capi y Martina McNamara Azkarraga ¡vaya casualidad que ella tenga de segundo apellido, vasco, el mismo que nosotros!– seguro que tomaban los primeros mates. Es lo que marca su tradición; primero los mates y en un rato el desayuno. A nosotros, aunque no nos desagrade esta hierba, nos pone muy nerviosos, poco acostumbrados como estamos a las bebidas muy excitantes, así que la evitamos.

–¡Marti, creo que los chicos van a tener mucha suerte! ¡El tiempo está precioso! –podía imaginar cómo le decía Capi a su compañera, mientras nos buscaba entre la roca y la nieve con el telescopio, frente a la cristalera de casa. Pero estamos muy lejos y a pesar de que el aparato es muy bueno, no conseguiría situarnos en la pared. Eso sí, con él distinguiría perfectamente el compresor que Cesare Maestri y su equipo dejaron abandonado en el *headwhall*, el paso clave de la vía, al final de la ascensión normal al Cerro Torre por el filo sureste en 1970. El italiano, ante las dudas generadas dentro de la comunidad internacional de su ascenso a esta montaña en 1959, junto al malogrando alpinista surtiroles Toni Egger, decidió volver con intención de abrir una vía nueva. Aquel compresor le sirvió para taladrar gran parte de la pared y generar una de las polémicas más agrias de la historia del alpinismo que todavía sigue vigente. A pesar de todo, las ascensiones posteriores y las investigaciones recogidas apuntan a que en esa



Penúltimo largo, una chimenea difícil, que afrontamos tras superar una tirada muy expuesta de M.7.

ocasión tampoco alcanzó la cumbre, con lo que nuevamente estaríamos ante otro de los grandes fiascos de la historia del alpinismo.

Polémicas aparte, cabe reseñar que el alpinista italiano fue uno de los mejores de su generación y que las expediciones en aquella época eran eso, expediciones de verdad, en las que necesitabas una determinación de titanes solo para acometer tu objetivo.

–¡Qué bien! ¡Ojalá les salga! Para Tomeu y Cati es su primer viaje a estas tierras, pero para los Pou, conseguir abrir su primera vía en el macizo sería una merecidísima recompensa –seguro que le replicaría Martina, que ya nos empieza a conocer más y sabe lo que realmente nos motiva.

No tenía dudas de que algo similar ocurriría en la Chocolatería donde amanecía Anabel Matxiniena y, tras asomarse por la ventana, dibujaría una sonrisa al pensar que habíamos acertado (“Esta pareja de putitos ha vuelto a tener suerte”) y le vendría a la mente nuestra ascensión en 2013 al Cerro Torre. Entonces, la con-



El muro era muy vertical. Hicimos tramos difíciles de roca con los crampones puestos, preparados para la nieve.

junción del buen tiempo, la motivación y la tenacidad nos llevó a la cima de la que, para nosotros, es la montaña más bonita del mundo.

En el pueblo será un día estupendo que nadie desaprovechará, porque jornadas como ésta se pueden contar con los dedos de una mano en todo el verano. La gente incluso se bañará en el helado río de las Vueltas, que baja directamente del hielo patagónico sur. Los turistas saldrán a disfrutar de los *trekkings*: Laguna Torre, Laguna de los Tres, Río Blanco, Vuelta a las Lagunas... ya que aquí cuentan con algunos de los itinerarios más hermosos del mundo. Y por la tarde-noche, con todos de vuelta, los establecimientos se llenarán con las voces y las risas de quienes salen a cenar o a tomarse unas cervezas.

Desde que llegamos por primera vez en 2006, El Chaltén no ha dejado de crecer hasta convertirse en un Chamonix sudamericano. Pero a nosotros nos faltaban al menos dos días para disfrutar de los lujos de la civilización.

Estábamos al comienzo de la escalada, al igual que un montón de cordadas por todo el macizo. Todos queremos aprovechar esta ventana de buen tiempo tan esperada. Tendremos que escalar con cuidado, porque, desgraciadamente, esta bonanza meteorológica siempre viene acompañada de algún accidente, aún más si tenemos en cuenta que se escala a contrarreloj para ganarle la partida al mal tiempo, que suele llegar antes de lo que nos gustaría.

Los primeros 200 metros de la nueva ruta transcurrieron sin contratiempo, por una pendiente media de 55°-60°. Íbamos rápido y en *ensamble*, sin montar reuniones. Sin embargo, por encima de nuestras cabezas se intuían otros 200 metros mucho más difíciles. Ahí es donde comenzaba el terreno técnico.

Lo que desde abajo nos parecía casi todo hielo, ahora se desvelaba como terreno mixto. Eso me tocaba a mí.

La mayor parte de la vía discurre por estrechas fisuras heladas, o lo que los franceses llaman *goulottes*, en las que te aseguras sobre la roca, bueno, ¿cuando puedes!

—¡Cuidado aquí, Iker, que este mixto es difícil! —le grité mientras mis piolets y mis crampones rascaban la roca sin éxito, lo que apenas me permitía mantener el equilibrio.

Aldatu parrafo hau, hauxe jarri:

—Asegúrate, que aquí no nos podemos caer —me recordó preocupado Iker. De hecho, si bien el equipo de socorro de El Chaltén hace un trabajo increíble, en la Patagonia no llevan a cabo rescates en la pared. Si nos ocurría algo tendríamos que bajar, al menos, hasta pie de vía. Venía bien tenerlo presente, aunque nunca se me olvida, ya que sé que el compromiso es total.

Dos horas después llegábamos por fin al único largo de roca pura. Éste era para mi hermano, que lo escaló con los pies de gato puestos. Yo, en cambio, seguí con botas. Solo habíamos traído un par de “gatos”, para aligerar, así que tocaba repararse. A este largo le siguieron dos chimeneas, en mixto, que nos hicieron sudar tinta. La primera me tocó a mí y resultó muy dura, ya que apenas podía meter tornillos debido a que el escaso grosor del hielo no lo permitía. Lo peor fue la última parte, que se estrechaba y me obligó a colocarme en posturas antinaturales.

—Iker, ¡al loro, que voy asegurado fatal y no sé cómo salir de aquí!

—¡Respira y no te pongas nervioso! ¡De paso, asegúrate, que llevas mucho rato sin meter nada!

—Pero ¿qué te crees, que no lo intento? le respondí, mientras intentaba clavar el piolet en una capa de hielo tan fina que la roca me lo rebotaba constantemente. Es difícil de explicar cómo a pesar de estar rodeado por un ambiente glaciar, el cuerpo pueda sudar, pero hay que estar metido en un marrón como éste para darse cuenta de que, si vas apurado, sudas hasta en la Antártida a 30° bajo cero. Fue lo que nos pasó en 2007 durante la ascensión a aquel pico virgen que llamamos Zerua Peak (Pico del Cielo).

Llegué a la reunión, empapado y entre suspiros de alivio, porque había pasado el mal trago.

—¡Reunión, Iker! ¡Prepárate! —avisé para que mi compañero supiera que, en cuanto recogiera la cuerda sobrante, podría subir.

—¿Qué tal te ha quedado?